

PRESENTACIÓN

Es costumbre de los pintores separarse unos metros del lienzo. La finalidad de este hábito es conseguir una distancia desde la que observar cómo se integran y funcionan las últimas pinceladas en la totalidad del cuadro. Sin tener conciencia de las bases teóricas, llevan a la práctica dos de los principios fundamentales del estructuralismo funcionalista: la preeminencia del todo sobre las partes y la integración de los elementos individuales en la representación global. Comprender que cada uno de los elementos de una pintura o de un mensaje son lo que son por las funciones que contraen en el entramado relacional que construyen ha sido el gran descubrimiento de la semiología y de la lingüística saussureana.

Super hanc petram se ha levantado la gran catedral funcionalista, en cuya cantería han participado de forma especial las escuelas de Ginebra, de Praga, de Copenhague, de París y de Oviedo. Aunque comparten el principio fundamental y se han ido construyendo a medida que iban apareciendo las obras fundamentales y su método se aplicaba a territorios novedosos, estas escuelas poseen rasgos singulares. La ciencia, sometida al principio popperiano de *falsabilidad*, no es un territorio fácil para el dogma y para las verdades absolutas. Todo investigador, todo grupo, toda escuela, se hallan condicionados por el ámbito o campo de estudio, así como por los objetivos teóricos y prácticos que se persiguen. La representación resultante suele ser distinta, pues ante lo desconocido la visión parcial de los estudiosos se asemeja a la que ofrecieron sobre el elefante los ciegos del conocido cuento medieval: “El que palpó su oreja decía que era un cojín; el que palpó su pata decía que era una columna, y el que tocó el colmillo, aseguró que era un cuerno gigante”.

Esta tendencia centrífuga corre el riesgo de derivar hacia una proliferación de visiones individuales, dispersas y desconectadas que pueden y suelen conducir a cantonalismos desde los que cada uno defiende con ardor su solitaria y clara objetividad que, como observaba agudamente el poeta, ni siquiera llega a ser verdadera:

En mi soledad
he visto cosas muy claras
que no son verdad.

(A. Machado)

La única solución pasa por romper con este solipsismo a través de los foros de exposición pública, de discusión y de incorporación de las visiones ajenas: libros, revistas, publicaciones colectivas, encuentros, seminarios, cursos, sociedades, simposios, coloquios, congresos... Grandes maestros como Martinet y Alarcos comprendieron la importancia de las publicaciones periódicas (*La Linguistique*, *Archivum*), de organizaciones como la SILF, de encuentros periódicos (¡ya 34 los coloquios de la SILF!), de la publicación de sus actas...

Siguiendo estas directrices, una nutrida representación de funcionalistas de inspiración martinética (franceses y portugueses, sobre todo) y funcionalistas de la escuela de E. Alarcos celebramos unas jornadas en las que se combinaron armoniosamente el negocio (intenso trabajo en las dependencias de la Fundación Sierra Pambley de León) y el ocio (en las cuevas de Valdevimbre). Aquel encuentro en 2008 fue enormemente fructífero, pues sirvió para comprendernos mejor, para limar rugosidades teóricas, para establecer líneas de actuación conjuntas, para diseñar nuevas líneas de futuro... Uno de esos proyectos fue la edición de una obra plural en la que un nutrido grupo de funcionalistas de inspiración martinética expusiera las líneas metodológicas y temáticas de su investigación. El resultado es este magnífico volumen *Aspects du fonctionnalisme français*, editado desde Francia por Christos Clairis y Collette Feuillard y coordinado con particular mimo desde León por Manuel Iglesias Bango. Sus trabajos son de enorme interés para el conocimiento mutuo y para la revitalización del funcionalismo.

Desde estas líneas, hago votos para que, incluso en estos momentos de crisis, estos proyectos comunes alcen el vuelo y se objetiven en resultados tan excelentes como este libro.

Salvador Gutiérrez Ordóñez